

# ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL 1994

ESTUDIOS JURIDICOS  
Y SOCIALES

ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL / Nº 12 / 1994



SOCIEDAD CHILENA  
DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL



ANUARIO DE FILOSOFIA  
JURIDICA Y SOCIAL

*Editor:*

Agustín Squella

*Asistentes del Editor:*

Aldo Valle y Joaquín García-Huidobro

*Comité Consultivo:*

Albert Calsamiglia (Barcelona), Elías Díaz (Madrid),  
Enrico Pattaro (Bologna), Miguel Reale (Sao Paulo),  
y Rolando Tamayo (Ciudad de México).

*Consejo Editorial:*

Antonio Bascuñán, Enrique Barros, José Joaquín  
Brunner, Humberto Giannini, Alfonso Gómez-Lobo,  
Jorge Iván Hubner, Máximo Pacheco y Eugenio  
Velasco.

ANUARIO DE FILOSOFIA  
JURIDICA Y SOCIAL  
1994

SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFIA  
JURIDICA Y SOCIAL.  
ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL Nº 12  
1 9 9 4

Esta obra ha sido impresa con la colaboración de las Facultades de Derecho de las siguientes Universidades: Universidad Adolfo Ibáñez, Universidad Andrés Bello, Universidad Austral de Chile, Universidad Católica del Norte, Universidad Católica de Valparaíso, Universidad de Valparaíso, Universidad de Concepción, Universidad Las Condes, Universidad Diego Portales, Universidad de Chile, Universidad de Talca, Universidad Finis Terrae, Pontificia Universidad Católica de Chile y Universidad de La República.

©

Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social

ISSN — 0170 — 17881

Diseño gráfico: Allan Browne Escobar.

Impreso en EDEVAL,  
Errázuriz 2120 - Valparaíso.

# ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL 1994

## ESTUDIOS JURIDICOS Y SOCIALES

SOCIEDAD CHILENA  
DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL



SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFIA  
JURIDICA Y SOCIAL

DIRECTORIO

(1993 - 1995)

Antonio Bascuñán Valdés, Jorge Correa Sutil, Jesús Escandón Alomar, Pedro Gandolfo Gandolfo, Fernando Quintana Bravo, Nelson Reyes Soto, Juan Enrique Serra Heisse, Agustín Squella Narducci y Aldo Valle Acevedo.

La Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social tiene su domicilio en la ciudad de Valparaíso. La correspondencia puede ser dirigida a la Casilla 211-V, Valparaíso.

PRESENTACION

*La Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social, que opera en nuestro país como sección nacional de la Asociación Internacional de Filosofía del Derecho y Filosofía Social (IVR), presenta su Anuario de Filosofía Jurídica y Social N° 12, correspondiente a 1994, titulado "Estudios Jurídicos y Sociales".*

*Los trabajos que componen el presente volumen se distribuyen en distintas secciones que el lector puede identificar remitiéndose al índice de la obra.*

*El Anuario de Filosofía Jurídica y Social se edita por nuestra Sociedad desde 1983 y ha entregado hasta la fecha un total de 12 números.*

*Este y los restantes números del Anuario pueden ser solicitados a la Casilla 211-V, Valparaíso, Chile.*

Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social

ESTUDIOS

riores desviaciones toda vez que el sujeto termina por aceptar la definición que la sociedad le ha impuesto.

La Criminología marxista contemporánea exhibe diversas variantes que no es del caso detallar aquí. En lo fundamental forma un cuerpo de doctrina que incorpora el pensamiento originario de Marx y Engels, con aportaciones posteriores. Entre otras ideas, para esta orientación la causa primordial del crimen reside en la naturaleza competitiva de la sociedad capitalista. Los individuos de las clases oprimidas cometerán delito por frustración, resentimiento o necesidad. La riqueza fomenta el crimen porque éste es un instrumento de la lucha social que afianza y perpetúa las respectivas posiciones de las clases enfrentadas en dicho conflicto<sup>(11)</sup>.

A partir de los años sesenta y setenta estas posiciones teóricas basadas en el modelo de conflicto ganaron numerosos adeptos, más que nada porque respondían, especialmente en Estados Unidos, a un clima cultural y académico opuesto a la guerra de Vietnam y decididamente favorable a la lucha por los derechos civiles de grupos minoritarios.

Queremos reiterar que la discusión anterior tiene por objeto mostrar que la importancia del tema central de este trabajo no reside solamente en su formulación y desarrollo más básicos, sino también en sus proyecciones a problemas sociales reales y tangibles. Esperamos que la importancia general y especial del problema planteado haya quedado suficientemente demostrada a lo largo de las páginas que preceden.

11. Véase Antonio García-Pablos de Molina, *ibid*, p. 634.

## APUNTES PARA UNA ETICA DEL SABER \*

FERNANDO LOLAS STEPKE \*\*

*La edad de Bacon: Ciencia y modernidad.*

*Conocimiento es poder.*

La edad de Bacon, que esta frase epitomiza, debía caracterizarse por una creciente perfección de la humanidad. El conocimiento cimentaría la dominación del Hombre sobre toda otra creatura y sobre la naturaleza. Ese poder sería puesto al servicio del bienestar, la bondad y el futuro. Horizontes infinitos de progreso se abrirían a la humanidad con la ciencia y la experiencia. La razón, de iluminación, se haría instrumento del progreso.

Se inaugura la Edad Baconiana con el predominio de la experiencia, entendida como experimento, esto es, como control de la naturaleza. El experimento, que ya no trata con la naturaleza en

\* Algunos de los temas aludidos en este artículo se encuentran desarrollados en otras publicaciones. Cf. Lolas, F.: *Notas al Margen. Ensayos*. Editorial Cuatro Vientos, Santiago de Chile, 1985. Lolas, F.: *Proposiciones para una teoría de la medicina*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1992. Lolas, F.: *Ensayos sobre ciencia y sociedad*. Estudio Sigma-El Ateneo, Buenos Aires, 1995.

\*\* Vicerrector Académico y Estudiantil de la Universidad de Chile. Miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua y Profesor Titular de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile.

cuanto tal, lo que los antiguos llamaban la *Natura naturans* sino con la naturaleza estilizada según los usos de la razón, *Natura naturata*, fundamenta el poder de la información y del saber.

Las esperanzas no han sido del todo satisfechas. No ha sido el progreso aquel tranquilo derivar hacia las perfecciones posibles de la Naturaleza y del Hombre. No ha sido la Humanidad, en cuyo nombre se invocó el verbo de la ciencia, mejor mientras más ciencia tuvo. Casi todas las racionalidades se han revelado irracionales en alguno de sus desarrollos. Nada ha fallado más que el éxito.

Hoy debemos introducir importantes modificaciones a nuestro pensamiento. La ingenua credulidad de los hombres y mujeres de la modernidad tecnocientífica en los logros de la racionalidad instrumental ya no está más con nosotros. Sus múltiples vacíos y escollos nos obligan a restablecer la confianza de las multitudes. Obligan a repensar y a aprender. Aprender, por ejemplo, que la acumulación de informaciones no conduce, necesariamente, al saber.

*Información, conocimiento, sabiduría.*

Distingamos entre *información, conocimiento y sabiduría*:

La información, el dato escueto, la lectura de algún instrumento, el guarismo revelador de un acaecer, no son todavía conocimiento. Son datos. Y los datos, como decía Ortega y Gasset, no constituyen la realidad. La plantean como problema. La realidad de las ciencias es un producto, una construcción social. El conocimiento es información —o la supone— pero información organizada. Organizada en vista de algún fin, con algún propósito o finalidad. En suma, información con algún interés. Del interés le viene a la información la coherencia, la finalidad y el sentido para la sociedad que la produce y usa. Interés no es palabra peyorativa. Alude a *Inter-Esse*, lo que está entre los seres, entre los hombres y las cosas, entre los hombres y sus prójimos, entre los que estuvieron antes y los que estarán después. El interés es el nexo significativo de los que cultivan el conocimiento y el saber. No hay conocimiento sin interés. No hay interés sin conocimiento.

No se confunda el interés, o la aplicación del saber, con su utilidad. Todo conocimiento es interesado porque sirve para algo o a alguien. Aún la más abstracta de las ciencias sirve a quienes la produ-

cen, siquiera para satisfacción estética o para avance en dones intelectuales. Aunque no sea útil. La practicidad no es la medida del interés. La practicidad es solamente una forma de interés.

Más allá de la información y del conocimiento —que es información, pero estructurada por y para algún interés— está la sabiduría. Es ésta una rara virtud. Y como todas las virtudes, sólo puede predicarse de personas, no de cosas ni de procesos. Sólo las personas pueden aspirar a la sabiduría. Porque la sabiduría no consiste sólo en conocimientos o informaciones, aunque poseer uno y otras sea importante. La sabiduría es el logro personal de quienes, además de saber, saben qué saben y qué ignoran, saben por qué saben y también para qué saben. Que además, están dotados de prudencia o phronesis y reconocen cuándo y cómo difundir su saber, o acrecentarlo, o tal vez disminuirlo. Saber el momento justo es como tener la palabra justa. El *Kairós*, la ocasión propicia —que, como dice el adagio de los hipocráticos, siempre es fugaz—, no puede improvisarse. Procede de una rara e intuitiva sapiencia que no se aprende en libros ni se adquiere en clases. La sabiduría, en suma, es un efecto o consecuencia del conocimiento maduro en personas preparadas excepcionales.

Información, conocimiento, sabiduría. He ahí los tres constituyentes del saber, los tres estadios de su consolidación.

*Invención, innovación, transformación:*

*Los procesos-producto de las instituciones culturales.*

Damos el nombre de instituciones de la cultura a aquellas que se ocupan del cultivo del saber, en cualquiera de sus formas o variedades. Son las instituciones que crean, transforman y difunden el saber, pues todas éstas son formas de cultivarlo.

*Saber es, en cualquiera de sus formas, participar.*

Participar de un diálogo con la tradición, con la contemporaneidad, con las generaciones venideras. Es el diálogo, la presencia de otros, la que da al saber el contexto en el cual se desenvuelve y es apreciado. Todo saber es, como construcción social, participación. Pues el saber no es sólo un conjunto de contenidos organizados en torno de

algún cometido. Es, además, significado en un contexto. Nunca lo comprendemos mejor.—esto, esta dimensión social— que cuando valoramos la importancia de alguien que sabe. Pues no basta con admitir que alguien sabe. El que sabe debe saber que sabe. Y en verdad llega a saber que sabe porque otros así lo reconocen. Una de las torturas del desarraigo y del exilio probablemente consiste en ver la identidad del saber también desquiciada. El abogado, el médico, el ingeniero, que deben realizar en tierra extraña oficio menor no han reducido sus conocimientos, ni tienen menos información. Mas si carecen, y mucho, del reconocimiento debido a su saber. No son quienes son porque no saben lo que debieran saber. O no se sabe de ellos lo que se debiera saber.

Son las instituciones culturales las que cautelan el contexto. A través de sus diplomas y reconocimientos certifican el saber del saber, dan a la sociedad que las cobija garantía de idoneidad, velan porque los valores se perpetúen y acrecienten. Especialmente aquellas instituciones culturales que llamamos universidades.

Pero la principal función de las instituciones culturales en relación al saber no es sólo certificarlo y cautelararlo. Es, en realidad, *producir procesos sociales basados en el saber*. Su producto son tres procesos, y en ello radica su relativa invisibilidad al ojo profano. Este ve los televisores, los motores, las fábricas, las comodidades materiales y llama progreso a su posesión y goce. Mas son sólo productos subsidiarios, adjetivos y derivados, que no fundamentales, de las instituciones culturales. Los verdaderos productos, los resultados de su acción son procesos a los que, a falta de mejores palabras mas revistiendo las que usamos de significación singular, llamamos *invención, innovación y transformación*.

La *invención* es aquel proceso de construcción de mundos por el cual un concepto se hace fértil herramienta y dibuja realidades. Se diría que alguien ha inventado una nueva noción cuando, con ella como herramienta, abre los ojos de otros a una realidad no sospechada. Son como los ojos múltiples de que habla Baltazar Gracián en "El crítico". Son ayudas para ver, y ver mejor. O ver aquello que, haciéndose objeto de mirada, existe en la densidad de una intención. Si empleáramos un anglicismo útil, diríamos que la invención conceptual aumenta el "input" de informaciones posibles.

La *innovación*, por contraste, incrementa el "output". Mejora el

ámbito de aplicaciones de una idea o concepto, lo amplía y lo redibuja. Es un perfeccionamiento de prácticas.

Invención e innovación tienen una ligazón profunda con el proceso global que llamamos investigación, que es la forma adoptada por la renovación disciplinaria. Son en verdad producto de la investigación. No es por ello extraño que algunos llamen al proceso que lleva a la invención investigación básica o fundamental y a la que conduce a la innovación investigación aplicada. Mas no hay diferencia de rango o importancia, pues en ambos casos se trata de actividades creativas y exigentes, comandadas por los principios de la excelencia y de la relevancia. Estos son méritos intrínsecos de la tarea investigadora, que las instituciones culturales deben también proteger y reforzar. No hay invención sin innovación. Las innovaciones posibilitan la invención.

Con lo que llevamos dicho insinuamos que las instituciones culturales, y especialmente aquellas que en rigor denominamos universidades, son principalmente comunidades de estudio, no de enseñanza. Su labor acreditadora del conocimiento y dispensadora de títulos es secundaria a la que guarda relación con el cultivo y renovación del saber que identificamos como invención e innovación. Por ello es explicable que tengan un tercer proceso como producto que es necesario destacar y explicar. Es lo que llamo la *transformación*.

Transformación, fundamentalmente, de personas puesto que de facto invención e innovación son transformaciones de relaciones, ideas y objetos. El saber y el conocimiento no se cultivan sólo en vista de intereses societarios y mercenarios. También por el profundo sentido del perfeccionamiento personal. Quienes se dedican a las humanidades, antiguas o nuevas, al arte, los que cultivan las artes valorativas y la erudición, así lo hagan en la soledad y anonimato de la celda conventual, en el tranquilo gabinete del estudioso o en la quietud de su aislamiento, son una poderosa reserva para la espiritualidad de la humanidad entera. Se convierten en sensibles instrumentos, en y a través de los cuales habla la cultura, implícita y muda en sus perfecciones no aparentes. Dan el tono moral y estético de sus comunidades y se perfeccionan a sí mismos como espejos y reflejos de la época y la sociedad que les cabe en suerte compartir.

También tienen las instituciones culturales, por ser comunidades de estudio y no sólo de enseñanza y acrecentamiento del saber, la misión de ayudar en la transformación personal de sus miembros.

A algunos de ellos les será dado, y ciertamente no por añadidura, el llegar a la sabiduría, que siendo virtud personal, florece en los climas inhóspitos o en las fértiles magmas del genio, pero no hay institución en el mundo que pueda asegurarla a sus miembros.

Invencción, innovación, transformación. He ahí los procesos que son productos de las universidades en tanto que instituciones culturales. Muestran y demuestran la inventiva, la fertilidad, la creatividad de individuos y comunidades, brindan ejemplo, estimulan discípulos.

*Saber-hacer, hacer-saber y saber-estar.*

Sabemos que el puro saber y el puro hacer no constituyen conocimiento. Todo conocimiento —que es información articulada por algún interés— es un saber-hacer y un hacer-saber. También, un saber-estar.

El *saber-hacer*, que es la marca distintiva de las profesiones en cuanto respuestas institucionalizadas a alguna necesidad socialmente sentida, conjuga el conocimiento con el interés. Se sabe para hacer algo. Se hace algo que se sabe haber. Las universidades, y en realidad la mayor parte de las instituciones culturales, se encuentran en posición de influir sobre el modo y la forma en que el saber-hacer es entendido y usado en distintos ámbitos. Para ello cumplen la función de *hacer-saber*, que es transmitir conocimiento socialmente requerido.

Mas no se termina allí su cometido. Su cometido se extiende también al *saber-estar*, que es la tonalidad moral del ejercicio de un saber y de la reflexión sobre el hacer. Quien sabe estar en lo suyo conoce sus límites, reconoce que lo factible no siempre es lo legítimo y que lo posible no siempre es lo necesario. Pone y se impone límites, reflexiona sobre normas, examina sus principios.

*Los méritos: instrumental, comprensivo, moral.*

Tres son los méritos que cualifican las tareas de las instituciones culturales en ese espacio del saber-hacer, del hacer-saber y del saber-estar.

Es el primero el *instrumental o técnico*. Fuera ceguera negar que ni aún las comunidades más selectas en lo espiritual han valora-

do de modo eminente los beneficios de la acción bien hecha. No se puede ser un médico bueno si antes no se es un buen médico. Tal es la enseñanza que deja la lectura de los escritos hipocráticos, modelo de institución de profesiones, que nos recuerda que no hay preceptiva ética que no se funde en la normativa técnica, o, incluso, sea idéntica a ella. El mérito técnico es aquello que una acción tiene de apropiada, identifica lo que es propio porque así lo prescribe el arte. Bien hecho es aquello que los jueces idóneos darían por bien hecho, lo que los pares ilustrados reconocerían como adecuado. El saber-hacer informado que como *tekhne* se consume en la palabra justa, en el gesto preciso, en el método felizmente adaptado al objetivo.

Mas la acción técnicamente correcta tiene, por su solo existir, un efecto que la trasciende. Se convierte en paradigma. Sirve para hacer-saber a otros lo que es propiamente el saber-hacer. Fertiliza disciplinas y saberes que no son de la competencia inmediata de quienes la han realizado. Cumple una función, y tiene un *mérito hermenéutico*, ayuda a comprender. Es verdad que para cumplir tal cometido podría no tratarse, necesariamente, de una acción técnicamente perfecta, pues muchos son los ejemplos de malas ideas de saludable efecto en las ciencias. Y a la inversa, bien pudiera ser que una acción técnicamente irreprochable fuera irrelevante para el corpus de la ciencia en general. Mas ello sólo señala una cierta independencia como dimensión de análisis. Hay que destacar que el contribuir al saber en general es positivamente bueno, y hace buenos a quienes lo consiguen.

La acción puede, finalmente, tener un mérito y jugar un *papel emancipatorio*. Moral. Afecta a toda la sociedad. Puede generalizarse y hacerse norma universal. Esta dimensión social del saber-hacer, como también del saber y del hacer puros, es parcialmente dissociable de lo instrumental y de lo comprensivo. Acciones hay, y muchas, que siendo irreprochables en lo técnico y fértiles en lo cognoscitivo, son censurables en lo moral. Lo que es propio o lo que es bueno no siempre es justo, en el sentido de una moralidad societaria. Es más. En el ejercicio de las profesiones, no pocas veces se enfrentan las personas a contrapuestas demandas. Las instituciones que les acogen y emplean, la comunidad de saberes a la que se sienten pertenecer, su propia conciencia y esa vaga e imperceptible comunidad de ausentes que forma "la opinión pública" discreparán en lo que prescriben y en

lo que prohíben. La casuística de la vida profesional se compone de decisiones personales, de transacciones, de articulaciones de intereses, de satisfacciones, parciales o totales, de esperanzas y expectativas.

#### *Formas de praxis.*

Quiero reservar el apelativo de *praxis* para ese terreno multidimensional en el que confluyen los intereses instrumentales, los cognoscitivos, los hermenéuticos y los morales. La *praxis* perfecta se compone de acciones que conjugan lo propio, lo bueno y lo justo en proporciones que se imponen como necesarias. A ello se refería probablemente Chaucer cuando pedía un caballo "caballar" y una mujer "mujeril". Toda *praxis* es una amalgama de técnica, ética y política, expresadas en el plano de la acción e invisceradas en un saber-hacer "ilustrado".

De *praxis* hay, por cierto, muchas formas. Se distinguen entre sí por el predominio de alguna forma de interés. Son, por decirlo simplemente, combinaciones de los mismos elementos en proporciones diversas.

En la *praxis teleológica* predomina la finalidad instrumental. En la *estratégica*, la concertación de voluntades para conseguir algún fin. En la *praxis dramatúrgica*, la re-presentación mutua de los actores y agentes sociales. En la *normativa* se da preeminencia a las regularidades prescriptivas. En la *comunicativa*, el énfasis recae sobre la globalidad de las transacciones sociales configuradas en el espacio del lenguaje.

Hay *praxis* más "prácticas" y las hay más "teóricas", de acuerdo al peso relativo del principio de utilidad.

La inserción de las instituciones culturales en el campo social se produce por su papel en la gestación y mantención de formas de *praxis*. Naturalmente, esto es más amplio y más complejo que aseverar que "forman" profesionales o que son transmisoras de educación superior. Estas formas son formas sencillas, pero degradadas, de su misión cultural, que las reduce a ser meros lugares de enseñanza, y descuidando que se trata de comunidades de estudio.

#### *Los límites de las instituciones culturales.*

A este papel constituyente de formas o estilos de *praxis* se quiere aludir cuando se resalta el sello de una institución determi-

nada sobre quienes egresan de ella. Se entiende que la pertenencia al *alma mater* no es meramente asunto de años de convivencia. Que una huella indeleble y no siempre perceptible cualificará las acciones de esas personas con un peculiar sentido de pertenencia a una comunidad que no se agota en un espacio físico, un lapso de tiempo o un par de figuras emblemáticas.

He aquí insinuado otro carácter de las instituciones culturales sobre el cual debemos reflexionar. A diferencia de otras instituciones, su organización es menos claramente funcional a sus fines. Una empresa se diferencia del entorno por una estricta separación entre amenazas y oportunidades, fortalezas y debilidades. La membrana divisoria entre ella y los otros impone una competitividad permanente y exige una imagen corporativa coherente y sólida. Una empresa, como reza el término, se "posiciona" en forma inequívoca. Sus miembros o integrantes son seleccionados en vista de alguna concreta ventaja comparativa, se someten a periódicas depuraciones a fin de asegurar rendimiento, productividad y lealtad.

Salta a la vista que una universidad, en tanto institución cultural, se negará a sí misma muchas posibilidades de perfeccionamiento y satisfacción de intereses diversos, si se define en tales términos. Verá, por ejemplo, restringida su membresía a aquellos que compartan a plenitud una ideología definida o una lealtad institucional que, en conjunto, reducirán el potencial crítico para la invención, la innovación y la transformación personal.

Por definición, las universidades tienen una parte de sus miembros que es transeúnte. Los estudiantes, en efecto, pasan por ellas un tiempo determinado y luego se alejan. No son para ellos iguales las demandas ni semejantes los desafíos del futuro. Como egresados compartirán tal vez un ethos, mas no un compromiso cotidiano.

De allí la conclusión: los límites, que son la fuerza de muchas instituciones de ganancia inmediata, son difusos en las universidades como instituciones de cultura. Se expanden y contraen, pero no siempre en sincronía, con necesidad del entorno, a las que no siempre responden. De hecho, el factor extrañamiento puede ser importante, positiva y negativamente. Si las universidades sólo fueran solucionadoras de problemas para el aparato tecnológico y productivo, perderían una capacidad crítica importante. Por esencia, el trabajo académico

es cronofílico, ama el tiempo y la quietud. Los planificadores y ejecutores de gobierno e industria son cronófobos, sienten que el tiempo es su enemigo a la hora de demostrar rendimiento y capacidad. A menudo, el trabajo académico se especializa. El trabajo de los que toman decisiones es múltiple y se alimenta de muchas fuentes, por lo que no puede especializarse.

Las instituciones culturales llamadas universidades no poseen, cuando son auténticas, claras membranas demarcatorias. Habitan en la sociedad en su mismo seno, en la conciencia de sus miembros y en el estilo de sus formas de praxis. Mientras más universales son, más difusas parecen, con el resultado de su mayor vulnerabilidad. Constituyendo grandes redes de intereses, es obvio que habrá más puntos débiles. Las instituciones culturales son juzgadas por los puntos débiles, que sobrellevan todo el conjunto. De allí que aquellas más pluralistas puedan decir que tal carácter, siendo fortaleza, puede parecer debilidad desde una óptica empresarial.

La posición anfibia, intermedia, que las universidades ocupan en el cuerpo social, no ha sido suficientemente meditada por quienes deben tomar decisiones con respecto a ellas. Más bien ha predominado un valor polisémico del término universidad que indica una distorsión de prácticas lingüísticas: hoy llamamos universidades en Chile y otros países de Latinoamérica a empresas y organizaciones de muy variada apariencia y de funciones muy dispares. Las llamamos así unificando una tarea de enseñanza, que es importante, pero secundaria, en el trabajo de las instituciones culturales.

#### *La responsabilidad del saber.*

Responsabilidad significa capacidad de responder.

El saber responsable es aquel que anticipa los contextos en que será utilizado. *Ver para prever; prever para proveer.* Tal fue el lema de las ciencias positivas, que se apropiaron del progreso como registro propio en qué basar toda acción y todo pensamiento productivo. En nombre del progreso, luego reemplazado por el desarrollo, se han arrogado muchos la posesión exclusiva del saber y del hacer y han impuesto desigualdades y servidumbres. Es teniendo presente las dimensiones de lo propio, de lo bueno y de lo justo que se cau-

tela la verdadera humanidad de la información y del conocimiento y se abre la posibilidad de acceder a la sabiduría.

En esa triple perspectiva, cabe a los grupos organizados como profesiones —todas las auténticas son respuestas institucionalizadas a necesidades sociales— el uso responsable del saber, del hacer y del saber-hacer. Pues ellas son, como decíamos, uno de los basamentos de un humano saber-estar.